

Santa Furia

Juanjo Conti

Edición automática, 2014.

Santa Furia lleva la licencia *Creative Commons Attribution - NonCommercial - ShareAlike 3.0 Unported License*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

<http://www.juanjoconti.com.ar/santa-furia>

<http://www.juanjoconti.com.ar/libros>

Santa Furia
*está dedicado a mi amigo Joel,
quien me enseñó que mejor que sembrar cizaña
es cortarla con una guadaña.*

Índice

El departamento	9
Sobre la existencia de los fantasmas	11
El hombre que soñó con su gato	15
Barba	17
Joel	19
Naranjas para don Bordesio	21
Santa Furia	25
Bermellón	31
Cocción de un huevo	35
La convención	37
Encuentro dominical	39
Jazmín y vainilla	43

Se despertó 45

Dos palabras 47

Prólogo

Juanjo Conti echa a andar el hilo del relato y logra enlazar todas estas maravillosas historias que convergen en el corazón del libro, en un único cuento, «Santa Furia». Este, como si fuese un espejo, refleja las distintas temáticas sobre las que se habla en cada trama narrativa. El tema principal es la delgada línea que existe entre lo real y lo no real, entre la vigilia y el sueño, que en el cuento que da título al libro desaparece a causa de la violencia. No obstante, a veces es la misma realidad la que genera violencia, presente en cada relato, en forma explícita o disfrazada de metáfora, pero siempre agazapada en el tejido del texto. Por eso, si se observa con atención, la estructura de la colección no es casual. Porque, así como el personaje del primer cuento entra en el departamento para adueñarse una vez más de él, el lector se sumerge en estas páginas para apropiarse de cada relato y, a través de su lectura, los vuelve a escribir al activar su sentido y su significación. La violencia irá en aumento hasta alcanzar su punto máximo en «Santa Furia» y luego decrece para dar lugar, en los últimos cuentos, al halo misterioso de la muerte que, al igual que cierra el ciclo de la vida, cierra aquí esta selección de cuentos escritos durante 2012 y 2013. L. G.

El departamento

Estoy nuevamente en el departamento. De vez en cuando vuelvo por la noche. Todavía tengo mis llaves y no cambiaron la cerradura. Abro sin hacer ruido, subo despacio las escaleras y prendo la luz de la cocina. La del living no porque se ve desde afuera por la ventana. Enciendo una hornalla de la cocina y pongo a calentar agua. Mientras reviso los impuestos a pagar y alguna carta abierta, como algunas masitas del tarro o pan en rodajas. Si en el paquete quedan pocas rodajas, digamos menos de seis, no como. Se me hace que sería fácil que me descubran.

A la noche, el departamento está vacío porque la nueva inquilina va a la universidad. Estudía alguna ingeniería. Lo sé por sus apuntes. A veces los leo, pero me resultan bastante aburridos. Después de darme un rutinario paseo por el dormitorio, empiezo a limpiar los rastros de mi presencia. Lavo la taza en la que tomé café, limpio, guardo. Me causa gracia: en mi actual departamento no soy tan prolijo.

Entonces se me ocurre, ¿por qué no ir más lejos hoy? Vuelvo al dormitorio y me acuesto debajo de la cama. El cubrecama llega hasta el suelo y eso hace que mi escondite sea perfecto. Y me quedo ahí, esperando. Una hora. Dos.

Entonces escucho su llave en la cerradura, sus pasos en la escalera, la tecla que enciende la luz. Enciende una hornalla, tal vez la misma que elegí yo hoy. Escucho que abre un paquete. Tal vez fideos o arroz. Presto atención a cada uno de los sonidos. No sé si pasó media hora o tres horas cuando escucho que cierra la canilla luego de lavar los platos.

La luz se enciende y vuelvo a verme las manos después de varias horas de oscuridad. Están transpiradas.

Sobre la existencia de los fantasmas

Una noche de verano en mi pueblo, cuando yo tenía quince años, salí con dos amigos, como hacíamos todos los sábados. Nos estábamos entusiasmando con el alcohol, por lo que el plan era sentarse en la mesa de un bar para ver quién aguantaba más. No queríamos ir a alguno de los bares de la calle principal porque siempre encontrábamos a algún amigo de nuestros padres y temíamos que nos delate. La cobardía, entonces, nos llevó a rumbar por barrios con calles menos asfaltadas y luminosas.

Hicimos base en un sucucho de la calle Mazzini cerca de la ruta, conocido como «el bar de Alemandri». Empezaba a llover, así que nos mandamos para una de las mesas del fondo. Mis laderos pidieron un porrón para compartir y yo, que no había aprendido a disfrutar de la amargura de la cerveza, pedí un «aperitivo» (en casa solía tomar un dedo de Gancia rebajado con soda). En esa ocasión, el mozo me sirvió un vaso repleto de Cinzano y al costado, clavó un pequeño sifón de soda con el que (según parecía, así era el ritual) tendría que ir completándolo a medida que tomaba. Recuerdo que le pregunté a ese viejo flaco si eso se tomaba puro y, después de

reírse de mí con ganas, dijo que así lo tomaban los hombres. Mis amigos se descostillaban a carcajadas.

Cuando ya había pasado una hora desde nuestra llegada y aún no había tomado dos dedos del brebaje, la puerta del boliche se abrió con fuerza por el viento. Uno de los parroquianos se levantó para cerrarla, pero, cuando estaba por hacerlo, un pie se lo impidió. Al pie lo seguía el ser más desagradable que hasta ese momento había visto en mi vida. Tendría unos sesenta y cinco años, lucía ropa vieja, o sucia, no sé, tenía el pelo largo, la piel se le veía grasosa y sus dientes estaban todos podridos. Se sentó en una mesa y pidió caña Legui. Algunos nos miramos, cómplices, y nos dijimos que no era de por allí.

Volvimos a nuestra charla sobre fútbol; el mono Navarro Montoya acababa de hacer una atajada espectacular en el único televisor del antro. Era una repetición de hace unos años, pero la estábamos siguiendo como si fuese en vivo.

Nos volvimos a percatar de su presencia cuando escuchamos los gritos. El forastero se había trezado con el dueño del bar en una acalorada discusión sobre la existencia de los fantasmas. Lo escuché a Alemandri contar la historia de una tapera en un campo cercano:

—Todos los domingos a la noche se escucha el chirrido de una soga bajando un balde en el aljibe. Lo curioso es que en ese campo ya no hay aljibe, sino bombas eléctricas. Una familia, que trabajaba en ese campo y vivía en la tapera, contó que una vez, tras oír los ruidos, salieron a la noche y con una linterna vieron a un hombre ataviado con ropas del 1800 sacando agua con un balde de madera. A su lado, una mujer,

supuestamente su esposa, lavaba la ropa y la colgaba para que se seque.

El forastero bufó con ganas para que lo escuchen.

—¿Cómo pueden creer en esos cuentos?

—Ningún cuento, señor —y Alemandri pronunció con desdén la palabra «señor»—. Esto que relato me lo contó un primo mío, vecino del campo donde aparecen las ánimas. Le digo más, en una ocasión llegaron al pueblo dos misioneros. La tapera estaba desocupada y el dueño se las ofreció para pasar la noche. Era domingo. A la madrugada, encontraron a los hombres de Dios en la ruta haciendo dedo para irse.

—Habladurías —dijo el forastero e hizo un gesto con la mano en el aire, como tratando de tumbar una mosca inexistente para restarle validez a la historia que el otro contaba.

Entonces, el duelo, que hasta ese momento era solo de vozarrones, se convirtió también en un duelo de gestos.

—Escuchame, sabandija —y mientras hablaba, el dueño del boliche, que había dejado de tratarlo de usted, sacudía el dedo índice como quien sacude la fusta antes de pegarle al caballo—. Vos no vas a venir a mi establecimiento a decirme qué es verdad y qué no.

El sabandija lo apuntó con el mentón.

—Me imagino, entonces, que si tu primo es vecino ya habrás ido a la tapera un domingo a la noche a ver a los fantasmas.

El cantinero enmudeció primero y tartamudeó después.

—Bueno... es que yo los domingos a la noche tengo el boliche repleto y una excursión paranormal es un lujo que no me puedo permitir. Además... además... esos de aquella mesa

también los vieron. Fueron en camioneta a cazar palomas al monte que está atrás de la tapera. Se les hizo la noche y cuando volvían caminando, vieron la escena. Basta decir que dejaron la camioneta y volvieron al pueblo corriendo.

Los dos de la esquina asintieron en silencio y ahora sí, Alemandri recuperó el color, sacó pecho y empezó a mover la cabeza esperando que el pelilargo, el aceitoso, el de los dientes podridos, responda. No lo hizo. El ganador de aquella discusión volvió a tomar la palabra.

—Entonces, ¿usted no cree en los fantasmas?

—Yo no —dijo el forastero. Y tomando el último trago de caña, se evaporó ante nuestros ojos.

El hombre que soñó con su gato

Un hombre terminó de cenar, lavó los platos y sacó a su gato al patio para luego irse a dormir.

Mientras dormía, soñó que su gato lloraba en la puerta; se levantó y lo dejó entrar para luego volverse a dormir.

Mientras soñaba que dormía, soñó que su gato lloraba en la puerta; se levantó y lo dejó entrar para luego volverse a dormir.

Mientras soñaba que soñaba que dormía, soñó que su gato lloraba en la puerta; se levantó y lo dejó entrar para luego volverse a dormir.

Mientras soñaba que soñaba que soñaba que dormía, soñó que su gato lloraba en la puerta; se levantó y lo dejó entrar para luego volverse a dormir.

La secuencia se repitió cien veces durante la noche.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, casi se desmaya cuando vio lo que había en la cocina.

Barba

El 19 de diciembre de 1994, antes de acostarme, me miré en el espejo del baño. En el reflejo, un hombre con una barba frondosa, arbórea, selvática, me miraba. Los pelos se extendían en infinitas ramificaciones oscuras que me cubrían todo el rostro, dejando, apenas, ver los ojos. Ojos pardos y barba negra con algún destello rojizo. Me lavé los dientes y me acosté.

Cuando me desperté al otro día y fui al baño a lavarme la cara, un rostro rasurado, lustroso, brillante, me encandilaba desde el reflejo. Ya no había ni barba negra, ni destello rojizo. Sin embargo, el recuerdo del día anterior, con el rostro lobuno, estaba muy vivo en mi memoria. ¿Lo habría soñado? ¿Me habría despertado sonámbulo a rasurarme? Si hubiese sido al revés, podría concluir que estuve dormido varios meses, pero no fue así. ¿O sí? Estas y otras cosas me pregunté esa mañana. Recuerdo bien la fecha porque ese día cumplí diez años.

Joel

El primer recuerdo que tengo de Joel es en el club San Martín. Blanco y pecoso. Muy pecoso. Tiene una remera rayada y pantalones cortos por los que se deslizan sus piernas flaquitas. También blancas, pero no pecosas. Lo tengo agarrado de la remera rayada y con la otra mano sostengo un palito que en la punta tiene caca. Y yo tengo caca en mi remera blanca. No lo recuerdo claramente, pero supongo que Joel me debe haber manchado. No recuerdo claramente ese punto, pero sí recuerdo un sentimiento de «ojo por ojo».

Joel me dice que si lo mancho, me pega una piña. Alrededor, una veintena de chicos de nuestra edad. No me acuerdo si es un cumpleaños o una clase de gimnasia. Debe ser un cumpleaños, porque tenemos edad de primaria y recién en la secundaria empezamos a tener clases de gimnasia en los clubes del pueblo.

El club San Martín es un predio enorme con distintos sectores bien diferenciados, el edificio, la cancha de básquet, la piletta, la cancha de fútbol y el parque. Nosotros estamos en el parque, entre el quinchito y la cancha de volley playero.

—Me manchás y te pego una piña.

Alrededor, la veintena de chicos alienta a que concrete el acto y, como tocándolo con una varita mágica, acerco lenta-

mente el palito con caca hasta que hace contacto con su remera a rayas.

¡Pum! Me sienta de una piña y los ojos se me humedecen enseguida. Me quiero largar a llorar, pero me aguanto como puedo. Los otros chicos empiezan a empujar a Joel, le gritan cosas, lo insultan, le dicen «testigo de Jehová», confundiendo su religión porque Joel es evangelista.

Lo siguiente que recuerdo es llegar a mi casa llorando y abrazar a mi mamá.

Naranjas para don Bordesio

En invierno, después de juntar naranjas en el patio, doña Magdalena envía a su hija Florencia con una bolsa repleta de esos tesoros dulces para su vecino de enfrente, don Bordesio.

En julio cumple catorce años. Florencia, con sus trenzas, cruza la calle. El sol de un día cálido de invierno le da de lleno en las piernas blancas que deja ver su jardinero rojo y las calienta.

—¿Cómo vas a salir con los pelos así? —le dijo la mamá y la sentó frente al espejo, peinó su cabello rubio y le hizo dos trenzas, una a cada costado.

Florencia entra por la puerta de atrás, sin tocar timbre. La mosquitera rechina y, dando un golpe tras de ella, rebota un poco para terminar cerrándose. En la cocina de don Bordesio, un ventilador de techo gira en cámara lenta y una brisa casi imperceptible pero reconfortante se le cuela por el cuello de la remera. En la habitación, a bajo volumen pero imposible de no notar, suena un viejo disco de *jazz*. Algo de Miles Davis. La niña, o exniña, la muchachita, lo conoce de memoria.

El hombre cano, de tez oscura y tantos lunares como un cielo estrellado, está sentado en su sillón, luciendo sus anteojos oscuros. Los de siempre.

Cuando ella le dice que le trajo el regalo de su madre, sonríe y la llama. Con manos ásperas pero movimientos suaves le acaricia el rostro para reconocerla. No hace falta. Reconoce su aroma, su fragancia, antes de que ella hable. Antes de que siquiera abra la puerta. Aunque esté mezclada con la de las flores de azahar.

El viejo sonríe. Las paredes de la casa están descascaradas, pintadas de un amarillo viejo que deja ver el color anterior bajo sus cicatrices. De una de las paredes cuelga una foto blanco y negro. En la foto, se ve a un hombre joven montado a caballo, sonriente.

La joven, que aprendió el ritual de niña y no lo cuestiona, sabe perfectamente lo que ocurrirá. Ella le sacará los anteojos para descubrir un par de ojos blancos y muertos que él rápidamente cerrará y ella besará. Él le desabotonará el jardinero rojo, que caerá pesado junto a los pies de medias con puntilla y zapatitos de charol. Un dedo firme dibujará placeres en el algodón que solo toca la madre de Florencia cuando lava su ropa interior.

—Hoy podés bajarme la bombacha.

Don Bordesio lo hace con manos nerviosas hasta llegar al jardinero rojo. Florencia levanta un pie y luego el otro. Da un paso al frente y se sienta en la rodilla del hombre. Una pierna de cada lado. Esas piernas que unos minutos antes el sol calentaba ahora tienen temperatura propia.

—Haceme caballito.

Don Bordesio empieza a mover la pierna hacia arriba y hacia abajo, rápido, haciendo toda la fuerza con el pie, como cuando de más chica la hacía jugar.

Tímidos sonidos salen de la boca de la niña, o exniña, la muchachita, la casi mujer, que siente el par de manos deslizarse por la espalda, bajo la remera, subiendo hasta la hebilla que se desprende y libera aún más su cuerpo.

Los sonidos ya no son tan tímidos y don Bordesio hace los coros de aquel canto sin dejar de hacerle caballito.

En invierno, después de juntar naranjas del patio, doña Magdalena envía a su hija Florencia con una bolsa repleta de esos tesoros dulces para su vecino de enfrente, don Bordesio. En otoño, le manda pan casero o buñuelos. Naranjas, pan casero, buñuelos, chocolates, una torta, perejil, tomates, hojas de aloe, pantallas de lo que en verdad le está enviando.

Santa Furia

—Simón... fijate si todavía no pasaron y sacá la basura.

Miro el reloj y son las once de la noche. Una noche fresca de verano. Fresca como pocas en este enero caliente, húmedo y pegajoso. Me asomo por la ventana y veo que en la casa de enfrente está colgada la bolsa de basura. Todavía no pasó el camión recolector. Abro la puertita de abajo de la mesada y el olor a podrido me nubla la razón. Se ve que mi hermano no la sacó ayer (tenemos los días de la semana divididos entre los hermanos para hacer esta tarea). Hago un nudo y saco la bolsa del tachito. Cada vez que tengo que sacar la basura a esta hora de la noche tengo el mismo pensamiento: hoy me afanan. Mi calle es tranquila, pero desolada. A esta hora, no hay un alma. Si un ladrón quisiera, luego de que yo atravesase la cochera y esté parado en la calle, haciendo puntitas de pie para colgar la bolsa en el más bajo de los fierros del poste de teléfonos, me podría sorprender por la espalda, apuntarme con un arma, o pegarme, y entrar a robar. O peor, podría sorprenderme saltando desde el techo, caer arriba mío, dejarme inconsciente y meterse en la casa. Ese pensamiento me increpa, me asalta, me desvalija, se me mete en el cráneo como una bala cada martes y jueves que me toca sacar la basura.

Así que abro la puerta de la calle y dejo la bolsa en su lugar lo más rápido que puedo. Cuando estoy volviendo a la casa, se me acelera el corazón y no se calma hasta que vuelvo a estar del lado de adentro, con la llave girada.

—Ya está, pa.

Subo al segundo piso donde está la computadora y leo algunas noticias. «Un joven de veintidós años fue asesinado a balazos cuando caminaba por el barrio Barranquitas», informaron hoy fuentes policiales. «La asociación civil Amigos de los Animales realizó una protesta en la puerta de la casa de un famoso artista plástico quien habría matado el gato de una vecina». «Personal policial trata de establecer las circunstancias de un grave hecho de sangre acontecido esta madrugada en Villa Hipódromo». «En el barrio de Guadalupe, una estudiante encontró un ladrón debajo de la cama y lo echó a raquetazos; el ladrón fue trasladado al Hospital Cullen». «Anoche, minutos después de las veintitrés, se produjo un choque protagonizado por una motocicleta y un colectivo de la línea 11». «Un anciano está internado tras recibir una golpiza por parte de un vecino que lo acusa de haber corrompido a una menor del barrio». «Excarnicero detenido debido a la desaparición del novio de su hija». «Un tenebroso sujeto escapó ayer de la seccional primera de policía, lugar donde se encontraba detenido tras protagonizar un asalto callejero». «Treinta minutos de extrema tensión vivieron dos abuelos que fueron asaltados anoche en su propio domicilio».

«Mejor dejo de leer el diario por un mes», pienso. Y salgo al balconcito que da al patio a respirar aire puro.

Desde allí, a pesar de que la altura es poca, puedo ver gran parte de la ciudad. Me gusta mirar los techos. Ver como recorran la noche con sus antenas y con sus ángulos rectos. También veo revolotear algunos murciélagos. Hacia el oeste, a dos cuadras de casa, se ve el esqueleto de una obra en construcción. Un edificio de unos veinte pisos para viviendas y oficinas. En el diario de ayer, leí que uno de los obreros se cayó desde el piso 7. Me dijeron que, como era boliviano, nadie reclamó y arreglaron a la viuda con dos mil pesos. Me pregunto si esos dos mil pesos le habrán alcanzado a la mujer para volver a su ciudad natal o si se habrá quedado acá (¿cuánto cuesta un pasaje a La Paz?).

Me saca de mis pensamientos un ruido que me llama desde abajo. Miro y, sentado en el tapial, intentando cruzar de nuestro patio al del vecino, hay un pibe que me mira. Un pibe que me mira en la noche. Con gorrita roja. La visera no me deja verle los ojos, pero igual los siento. Viste un pantalón y una campera de gimnasia que le quedan grandes y un par de zapatillas Nike. Me quedo congelado. Duro. Soy una piedra. Uso todas mis fuerzas para ordenarle a mi brazo que se mueva. El brazo derecho se separa del resto de mi cuerpo inerte y lo extiende mostrándole la palma de la mano al visitante nocturno. Un intento por hacer un gesto universal de «todo bien». «Todo bien, no pasa nada, yo me voy para adentro, vos seguí con la tuya. Andá tranquilo que no voy a llamar a la policía ni a nadie porque soy de los que mira para otro lado. ¿Listo? Chau, gracias». Todo eso intento decirle y, con el brazo extendido y la palma abierta, doy los dos pasos que me vuelven a meter en la casa y con fuerza cierro la ventana.

—¡Viejo!, ¡llamá a la policía que hay un choro en el patio!

Mi viejo llama y lo atienden en la seccional del barrio. Dicen que en cinco minutos va a venir un patrullero. Con mis hermanos, nos quedamos espiando por la ventana y vemos al pibe saltar al patio del vecino.

Los cinco minutos parecen treinta. Toca timbre. Dos ropers azules con ithacas al hombro atraviesan la casa corriendo y salen al patio. Les decimos hacia dónde saltó y uno de los dos le sigue la estela. Lo vemos saltar por los techos de las casas contiguas con mucha agilidad. Tanta, que con uno de mis hermanos no podemos dejar de mirarnos en forma cómplice y pensar que, tal vez, algunos años antes, ese hombre era el que escapaba.

De repente, se frena en seco y empieza a apuntar con su arma a distintos lugares, como lo haría un cazador que espera dar con su presa. Lo escuchamos gritar.

—¡Salí *hijodeputa* o te quemó la cabeza! ¡Salí!

No vemos nada, pero el policía tiene la seguridad de que el ladrón está en el mismo techo que él. Y no se equivoca.

—Bueno, bueno, pero no me tires, por favor.

La voz es aguda. Muy aguda. Y vemos una sombra que sale con los brazos a medio alzar, cubriéndose la cabeza.

El policía deja de apuntar y con la culata del arma le da un golpe al que se estaba entregando. Cae, pesado como una bolsa de basura. El uniformado se acerca y le pateá las costillas. No alcanzamos a verlo pero lo escuchamos. Escuchamos cómo la puntera de acero de los borcegos del uniforme reglamentario se abren lugar, golpe a golpe, entre las carnes del

muchacho. Entre sus costillas. Escuchamos los gritos de dolor.

Luego, el policía lo levanta y empiezan a bajar por los techos, deshaciendo el camino que uno hacía mientras escapaba y el otro hacía mientras cazaba. No puede esposarlo porque necesita que use sus manos para bajar.

—Te llegás a intentar escapar y te quemo la cabeza *hijoderemilputa*, ¿me entendiste?!

—Sí, sí...

En cada descanso, el policía renueva la tunda. Ahora el pibe llora.

—Por favor, no me pegues más.

La última palabra se estira en un llanto interminable, inagotable.

Cuando por fin llegan a nuestro patio, el segundo policía se acerca y lo revisa. Como ve que todavía puede aguantar un poco más, de bienvenida, le asesta otros puntapiés.

—¿Qué es eso de andar metiéndose en casa ajena? ¡¿Eh?!

Lo patear. Patear sin piedad. Patear con fuerza. Y en sus patadas aprovecha para descargar la bronca contra sus jefes y la bronca por la miseria que cobra a fin de mes. Miseria que lo lleva a hacer adicionales hasta tarde, en la puerta de un boliche. Y llegar a la casa aún más tarde. Y que su mujer se enoje. Como anoche, que no quiso acostarse con él. Patear. Patear sin piedad. Patear con fuerza. Mientras lo hace, apaga la radio desde la que le piden novedades.

Ya no aguanto la mirada, pero no puedo evitar seguir escuchando. Al ruido de los golpes se le suma, de fondo, el jadeo. Jadea porque le falta la respiración. En las bocanadas entre-

cortadas de aire, que intenta llevarse para adentro, se escucha también la sangre, los mocos, la tierra, que también entran.

Los sonidos me penetran a pesar de que intento bloquearlos. Lo hacen de tal forma que empiezo a sentir el dolor, las patadas. Los pulmones corroídos. Huesos astillados. La nariz rota.

Tengo los ojos cerrados. Cerrados con fuerza. Y aguanto. Aguanto los golpes porque es lo único que sé hacer. Cierro los ojos con fuerza en un intento de volver a la vida que me fabriqué en mi cabeza para soportar el dolor. Una en la que no trabajo en el edificio en construcción. Una en la que no salto techos para completar lo que la paga no llena. Me imagino que tengo una casa de dos pisos y hermanos y que la furia de la ciudad solamente me alcanza en las noticias que leo. Entonces, dejo de escuchar los golpes y, aunque no quiero, vuelvo. Tirado en el suelo, abro los ojos y veo las botas del policía.

Bermellón

Entorné los ojos para enfocar y entender lo que estaba viendo. Dos puntos luminosos, uno arriba del otro. Luego, el campo de visión se amplió y aparecieron unos números en el panorama. El reloj digital indicaba las dos y diez. Al costado, sobre la misma repisa, mis herramientas. Pinceles, lápices y la cuchilla con la que saco punta a esos lápices. Me desvestí de las sábanas usando las piernas y con un movimiento que a mi edad podría calificarse de ágil, dos segundos después, tenía los pies enfundados en las pantuflas de paño. Arrastré las suelas de goma por el *atelier*, tomé un pincel con la mano derecha y continué donde había dejado al caer rendido ante el ataque sorpresivo del sueño.

Mientras trabajo, no puedo dejar de pensar en María. Ella duerme en la habitación, silenciosa. El camastro del taller me permite trabajar durante la noche y tomar pequeñas siestas de media hora sin molestar a mi esposa. Cuando los primeros rayos de luz entran por la ventana, dejo todo y voy a dormir a su lado. Cuando me despierto al mediodía, ella ya está terminando alguna clase. Almorzamos juntos y vuelvo a trabajar.

Estoy convirtiendo una de las paredes del taller en un nuevo mural. Me gustan los murales. Huelen a inmensidad, a sin frontera. Para completar un mural, uno tiene que dedicarle se-

manas, en oposición a un cuadro chico, tal vez una naturaleza muerta, que se puede completar, a lo sumo, en dos días. Gracias a esta cantidad de tiempo requerida por la obra es que se logra desarrollar una onda sensación de pertenencia. En ambos sentidos. En el más clásico, la obra te pertenece, puesto que la creaste. Pero, en uno más metafísico, es la obra la que te empieza a poseer. Te pide más, dicta su desarrollo, expande sus límites.

El mural en el que estoy trabajando ahora se llama *Re-vuelta*; tal vez termine llamándolo distinto. Muchas personas se han juntado en una plaza para manifestarse. Llevan carteles y pancartas. Insignias y lemas. Rostros y banderas. Yo mismo me veo en la revuelta. Soy uno más y a la vez soy todos. Pinto horas enteras sin descansar. El olor a pintura fresca me llena y me vacía. Inflo mis pulmones. A mi alrededor, el taller. Trapos sucios, latas, botellas. Olor a aguarrás y resinas. Pinceles y paños. Luces y sombras. Colores y engaños. La fuerza creadora me eleva. Y para materializar la metáfora, me subo a un andamio y pinto la parte superior del mural. Puntas de lanzas que rasguñan el cielo. Gritos y plegarias que ascienden. Y ahí, desde arriba, escucho al gato de la vecina en la ventana. Maulla y araña el vidrio como queriendo entrar. No, ahora no puedo. No molestes, estoy trabajando. Pinto, delinear, coloreo. Ropa sucia, pinturas y otras obras. Todo, escenario de la actual concreción. El gato sigue maullando y me interrumpe. No ahora, no. No te puedo dar de comer. Sigo pintando. Amarillos, bermellón. Negros, grises y marrones. Hay fuego. Multitudes. El pueblo grita, se exalta, canta. Y yo soy su voz. Tengo que pintar para que puedan gritar, exaltarse, cantar. Si

no pinto, no existen. El gato sigue molestando, ahora con más insistencia. Mezclo lo que queda de naranja con bermellón sobre la tapa de una lata. Cargo el pincel y sigo. No puedo detenerme. Ahora son estallidos. Columnas de fuego y humo circundan la escena. La parte derecha del mural explota en una batalla campal entre el Orden y los que se manifiestan. Yo soy su arsenal, el que le carga las armas, el que fabrica sus balas. Sin mí no tienen con qué disparar y la batalla está perdida. Siguen los estallidos y las explosiones. Amarillo, naranja, bermellón. Sigo pintando. Y el gato de la vecina golpea el cristal con sus uñas. Y aprieto el pomo de bermellón y ya no queda. Lo exprimo, lo estrujo, lo estrangulo. No salen más que las últimas gotas. Pero el mural no está terminado. Me pide más, me interpela, me exige. El pueblo me grita, me necesita. Están perdiendo la batalla. El fuego también me reclama. Y el gato vuelve a maullar. Y por primera vez, lo miro. Lo miro a los ojos. Desde el andamio. Dos, tres metros elevado sobre el *atelier*. María duerme. Estiro el brazo y muevo el barral que abre la ventana. Y el gato entra. Corre. Entra corriendo y se para junto al platito que le hace a veces de comedor. Me bajo fatigado. Malhumorado. Quería seguir pintando, no ser interrumpido. El gato me mira, confiando que, como siempre, voy a abrir la bolsa de alimento balanceado. Sirvo una porción en el platito y lo dejo comer un rato. La cuchilla está al alcance de la mano y con un movimiento que a mi edad podría calificarse de ágil, dos segundos después, le separo la cabeza del cuerpo. Dejo la cabeza comiendo del platito y me llevo el resto arrastrado por la cola, chorreando gotas bermellón.

Cocción de un huevo

Escapé una noche bajo el manto sepulcral que formaban las nubes antes de que la tormenta se desatara. Descalzo, corrí kilómetros hasta que llegué a una casa de campo. A unos metros, pude encontrar un gallinero. Abrí la puerta y me metí. Las gallinas gritaron, pero nadie las escuchó. Pude hacerme con un puñado de huevos colorados que aún no habían sido recogidos. Salí. Me senté detrás del gallinero y apoyé la espalda contra una pared vieja y sucia, llena de telas de arañas. Tenía los pies cortados, me ardían. Escarbé en el bolsillo en busca del encendedor; al fin de cuentas, ya no tenía cigarrillos. Tomé un huevo por la parte superior con las yemas de los dedos de la mano izquierda y con la derecha, accioné el mecanismo que generó el fuego. Lo sostuve así varios minutos hasta que se puso negro y el calor cortante me alcanzó. Lo solté para volver a sostenerlo del otro lado. Uno se acostumbra al dolor que produce el calor si se da de a poco. Para cuando me pareció que el huevo estaba cocido, tenía todos los dedos llenos de ampollas y casi no podía sostenerlo. Tuve que romperlo con un pie y comérmelo solo usando la boca, como los animales.

Al siguiente, me lo comí crudo.

La convención

El 22 de agosto de 2012 se llevó a cabo en la ciudad de Santa Fe una reunión muy particular. Esta tuvo lugar en el salón de convenciones del hotel *Los Silos*, ubicado en el puerto de la ciudad, junto al casino.

Si se lo miraba desde lo pisos superiores, el lugar era un campo de frutillas. Las caperuzas cubriendo las cabezas de todas las invitadas casi no dejaba ver el gris del mármol que pisaban.

Había caperucitas de alma y caperucitas de profesión. Había caperucitas quinceañeras y caperucitas que ya eran abuelas. Estaba, por ejemplo, la reconocida actriz Lucía Vertucci, protagonista del éxito *Caperucita y el motochorro*. E incluso estaba Caperucita Rosa, cuyo nombre de bautismo era Carlos. En total, eran más de doscientas personificaciones del legendario personaje de rizos dorados y sonrisa inocente.

El objetivo de la convención era dividir las rutas para ir a visitar a las correspondientes abuelitas, ya que en una ciudad tan chica, muchas se encontraban cuando se perdían y eso no era ninguna gracia en los cuentos. No sabían quién era el organizador de semejante reunión, pero todas coincidían en que era una estúpida idea.

Cuando el maestro de ceremonia se dispuso a hablar, la música bajó, las luces se atenuaron y todos hicieron silencio. El orador se aclaró la garganta tosiendo y su tos retumbó en toda la sala. Se acomodó las gafas sobre las puntiagudas orejas y tomó entre sus manos cuatro o cinco hojas de papel. No había empezado la primer oración de su discurso cuando caperucita, una, notó que las puertas se habían cerrado y que de la espalda del maestro de ceremonia asomaba una horrible, enorme y peluda cola de lobo.

Encuentro dominical

Estábamos sentados detrás de otro matrimonio joven. Una mujer, su marido y una niña que había convertido el banco en una mesa de jardín de infantes. Había desplegado sobre la madera tres libros para colorear, una caja de fibrones y muchos lápices de colores. El sacerdote hablaba de forma monótona y afónica, por lo que no me costó esfuerzo dejar de prestarle atención y distraerme con las actividades plásticas de la pequeña niña. Se esforzaba, aunque sin lograr su cometido, por pintar dentro de las líneas negras. Me daba gracia.

En un momento dado, se le cayó un fibrón rosado que, luego de rebotar por los mosaicos, se detuvo contra mi zapato. Me agaché, lo tomé y lo deposité sobre uno de sus cuadernos. La niña me sonrió y noté que la madre, sin darse vuelta, le dijo algo así como «agradecele al señor».

La niña no dijo nada, pero me volvió a sonreír. Noté cierta familiaridad en su rostro, en sus gestos, pero en ese momento no supe a quién me recordaba. Sus cabellos eran rubios con un brillo rojizo, los ojos grandes y curiosos y su piel blanca en extremo. Era una niña muy hermosa. La observé seguir peleando con las figuras de líneas negras que se esforzaban por enseñarle el concepto de límite, y observé cómo su manito de mariposa las sobrevolaba rebasándolas de color. Un perro

verde, un auto pintado de rosado y amarillo, una flor completamente azul. La niña pintaba, abstraída del mundo que la rodeaba, sin que las líneas ni la realidad la limiten.

Cuando quiso tapar uno de los fibrones, el tapón se zafó y se escapó por debajo del banco. La niña se arrodilló para buscarlo, pero no lo encontró. Me miró como pidiendo ayuda, pero yo estaba ocupado en una de las partes del rito, sentado en mi asiento. La miró a la madre e intentó reclamar su atención con unos sonidos que esta acalló con el dedo índice sobre la pequeña boca. Buscó, entonces, refugio en la pierna del padre, a la que se abrazó como un koala a un eucalipto. Tampoco obtuvo respuesta. Volvió cabizbaja a su puesto de dibujo y me miró nuevamente, cómplice. En ese momento la liturgia indicaba que me tenía que parar. Desde la altura, pude ver a dónde había ido a parar el tapón del fibrón. Di unos pasos al costado y lo levanté de atrás de la pata del pesado banco de madera. Como hiciera antes con el fibrón, coloqué el capuchón con delicadeza, intentando no hacer ruido, sobre uno de los libros abiertos.

Los minutos pasaron. Estaba concentrado en el peinado de la niña, una media cola algo desprolija y una trenza casera, cuando el sacerdote anunció:

—Ahora, hermanos, nos damos fraternalmente el saludo de la paz.

Me incliné hacia mi esposa y la saludé.

—La paz sea contigo.

—Con tu espíritu —me contestó. Me dí vuelta y estreché la mano de un anciano que estaba en el banco de atrás.

—Mucha paz —me dijo la señora que estaba a su lado y me estrujó con las dos manos la que yo le tendí.

Y entonces aconteció. La mujer del banco de adelante se dio vuelta y sorprendida, me clavó los puñales de esmeralda que eran sus ojos verdes. Detuvo el envión de su cuerpo que se acercaba a besarme y se limitó a extenderme, rígida, la mano. Su marido, ajeno a nuestro intercambio de miradas, también me la estrechó.

Entonces, volví a mirar a la niña junto a su madre de espaldas. Sus ojos eran un par de esferas tornasoladas y en ellos lo vi todo.

Vi una noche hace cinco años. Vi un bar de estudiantes con una moza sirviendo las mesas. Vi muchas bebidas llegando a la nuestra. A la hora del cierre, la moza me invitó a su departamento. Me vi despertar pasado el mediodía entre sábanas húmedas y un olor agrio. Me dolía la cabeza. Tenía veintitrés llamadas perdidas de mi novia en el celular. Me vi vestirme e irme. Me vi manejar hasta su casa y escucharla gritar. Los insultos entre lágrimas y la amenaza de suspender el casamiento. Vi a la madre de la niña llamándome por teléfono tres meses después de aquella noche, y seis, y nueve. Después no volvió a llamar. La vi cinco años después, ese domingo en que se dio vuelta en el medio de la misa. Sentí vértigo y lloré.

—Demos gracias al Señor. Podemos ir en paz.

La madre alzó a su niña, como protegiéndola de mi mirada, y se la llevó. Yo me debatía entre salirme de las rayas negras que me había pintado la vida o mantenerme dentro de la figura.

Me ganó la impotencia, o el aturdimiento, o la cobardía.

Jazmín y vainilla

Un perfume dulce me embriaga y por más que suena el despertador, lejano, el aroma me aplasta contra la cama impidiendo que me levante.

Regreso al sueño. A ese mundo donde puedo volar, amar y matar. Volar sin alas. Amar sin vergüenza. Y matar sin leyes.

En el sueño, enciendo el televisor. En la pantalla, me veo preparándome para acostarme. Cierro la llave del gas. Conecto la alarma. Apago las luces. Acaricio al gato.

Estoy muy cansado porque hice horas extra en la fábrica.

Me tapo con las sábanas y lo noto. Un olor putrefacto llega desde el baño. Mañana sí voy a destapar el inodoro.

Mientras tanto, estiro el brazo y abro el cajoncito de la mesita de luz. Saco un sahumerio y con fósforos de una caja chica, lo enciendo. Jazmín y vainilla.

Entonces sí, por fin, me abandono al sueño.

Sigo mirando la pantalla del televisor. Pasan dos horas, tal vez cuatro, tal vez más. El gato se acerca a la cama y maulla. Quiere comida. Estoy tan dormido que sus maullidos no alcanzan a despertarme. Insiste con más fuerza, pero el agudo de sus cuerdas vocales no logra atravesar los muros en los que el cansancio físico me ha encerrado.

Entonces, veo en la pantalla que el gato salta sobre la cama y de ahí a la mesita de luz y tumba el platito con el sahumerio sobre la almohada. Ese que era un punto rojo en la noche de mi habitación se reaviva en contacto con el vellón y la tela.

Un perfume dulce, jazmín y vainilla, me embriaga y por más que suena el despertador, lejano, el aroma me aplasta contra la cama impidiendo que me levante.

Se despertó

Se despertó en el medio de la noche abrazado a su esposa. Se puso las pantuflas y caminó hasta el baño. Cuando regresó, se vio durmiendo abrazado a su esposa. Para no despertarse, se fue a dormir al sofá.

Dos palabras

Esta mañana, al oído, me has dicho dos palabras comunes. Dos palabras cansadas de ser dichas, palabras que de viejas son nuevas. No oigo y me doy vuelta en la cama para poner de tu lado el oído bueno, o el menos malo. Tu voz es tan frágil como mi escucha y sigo sin entenderte. Estiro el brazo hasta el cajón de la mesita de luz en busca de los audífonos. Me los coloco. Volvés a repetir el mismo movimiento de los labios, quieta, tendida, sin hacer señas. Me dijiste ayer que les cambie las pilas, debería haberlo hecho. Corro la frazada y camino hasta el ropero en busca de las pilas de repuesto, las cambio y vuelvo a intentar oír. Los pájaros de la mañana no aparecen; las pilas están agotadas. Arrastrando las pantuflas, camino hasta la cocina en busca del cargador de pilas que está enchufado tras un manojo de cables, triples y adaptadores junto a la cafetera. Espero pacientemente que la luz del cargador pase de rojo a amarillo. No necesito esperar al verde. Y emprendo el regreso. Cuando entro a la habitación poniéndome los audífonos, no necesito terminar de hacerlo para saber lo que me decías.

